

# El relativismo

## 1. *El absolutismo marxista*

La tendencia actual más importante, en el sentido de su difusión en los medios de comunicación y en su destacada repercusión en la vida ordinaria y cotidiana, es lo que podría llamarse filosofía del relativismo. Su éxito actual puede explicarse en gran parte por el declive del marxismo, que tuvo gran auge el siglo pasado.

Los marxismos partían de una experiencia vital. Ante la constatación de un mundo de contradicciones, el hombre se encuentra perplejo. Por un lado, la realidad parece que exista para que la disfrute. Por otro, el ser humano tiene una capacidad inmensa de gozar. Su vida parece estar hecha, por tanto, para el placer.

Si profundiza en esta situación, descubre que en el interior de la felicidad, que ofrece la realidad, está la decepción, la maldad, el dolor y el sufrimiento. El mero hecho de vivir enseña la miseria de un mundo, que parece alegre y brillante. Su indigencia afecta al mismo hombre. A primera vista el mundo parece una cosa y después muestra la verdad, que parece estar siempre escondida en la profundidad, que la guarda de la mirada superficial.

La realidad se le muestra al hombre sin sentido ni finalidad, como completamente incoherente. Además muchas veces esta situación humana esta agravada, porque está acompañada de injusticias, opresión, pobreza, sufrimiento de inocentes. Si no se conforma con una visión superficial, con el goce inmediato, y que después desembocará en el desencanto, la amargura y el dolor, ni tampoco con los sufrimientos suyos y de de los demás, le asaltan, preguntas como: ¿Por qué esta realidad misteriosa?, ¿Por qué es de este modo? ¿Que valor tiene? ¿Por qué el hombre se encuentra en ella? y, en definitiva, ¿Cómo este mundo puede ser compatible con la existencia de un Dios bueno?

Sobre estas experiencias, que han sido constantes a lo largo de la historia, el marxismo sostenía que su última causa estaba en las estructuras de la sociedad, porque son estructuras de mal. Inferían de esta afirmación, en primer lugar, que, para ayudar al hombre hay combatir estas estructuras. En segundo lugar, como éstas se sostienen, se desarrollan y crecen en el ámbito político, que debe actuarse en el mismo. El servicio al hombre, con ello, queda desplazado del pensamiento a la política, de la teoría la acción, a la praxis política.

Era una ideología, que se presentaba fundamentada en la ciencia. Se afirmaba que se conocía científicamente la estructura y la marcha de la historia universal y podía, por ello, enderezarlas hacia la vía adecuada y justa. Ninguna filosofía y menos la religión había tenido éxito en su intento humanístico de ayudar al hombre. Ahora había nuevas esperanzas con la ciencia, que sustituía a la razón filosófica y a toda fe religiosa, y que ellas mismas se convertían en praxis política.

Culminaba así la actitud romántica de Lessing (1729-1781), el filósofo ilustrado alemán del siglo XVIII frente a la verdad. Enseñaba que en lugar de la contemplación teórica de la verdad, que no es posible, porque no le corresponde al hombre, debía optarse por su permanente búsqueda activa, siempre inalcanzable.

«Si Dios tuviese en su mano derecha todas las verdades, y en la izquierda, la única y siempre inestable aspiración a la verdad, con el añadido incluso de poderse equivocarse para siempre y eternamente, y me dijese: elige, me echaría de rodillas humildemente ante su mano izquierda, y le diría: ¡Padre, dame ésta! ¿La verdad pura sólo te corresponde a ti!»<sup>1</sup>.

La caída del muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, y la sucesiva eliminación de los regímenes comunistas europeos, supuso el declive de la ideología marxista, que por dar seguridad tenía un gran atractivo. Se hizo patente que el marxismo no sólo no había cumplido sus promesas, sino que había incrementado el mal del que quería salvar. Al aplicarse su pretendida concepción científica en lugar de ayudar al hombre se le había esclavizado hasta unos extremos horribles.

## 2. *El relativismo «absoluto»*

Con la pérdida de la esperanza, de una esperanza política, y, por tanto, humana, que mantenía al marxismo y sus secuelas, se cayó en el desengaño, porque la realidad había desmentido una esperanza halagüeña. También en la desilusión, porque la ideología que tan bien fundada se creía y que se presentaba como la última y definitiva solución, se había revelado como falsa, ineficaz y dañina, conducía a una falta de esperanza para el futuro.

Era difícil aceptar este estrepitoso fracaso, que nadie esperaba. Se superó la perplejidad, que siguió, acudiendo a la única explicación que parecía dar razón y justificar el hundimiento de lo que tenía que salvar al mundo: el relativismo.

La actitud relativista queda claramente expresada en una pequeña narración simbólica, que, refirió antes de finalizar el siglo XX, el entonces cardenal Ratzinger en París a los universitarios. Podría titularse la «parábola del elefante y de los ciegos». El relato es el siguiente:

«Una vez, un rey del norte de la India reunió en un puesto a todos los habitantes ciegos de la ciudad. Después, frente a los allí reunidos, hizo pasar a un elefante. Dejó que uno tocara la cabeza, y dijo 'un elefante es así'; otros pudieron tocar las orejas, y así sucesivamente el colmillo, la trompa, el lomo, la pata, la parte de atrás, los pelos de la cola. Posteriormente el rey preguntó a cada uno: '¿cómo es un elefante?'. Y según la parte que habían tocado, cada uno de ellos respondió: 'es como un cesto trenzado...!', 'es como un jarrón...!', 'es como un asta de un arado...!', 'es como un almacén...!', 'es como un pilastro...!', 'es como un mortero...!', 'es como una escoba...!'. Entonces, continúa la parábola, se pusieron a discutir a los gritos: 'el elefante es así', 'no, es así', se precipitaron unos con otros y se tomaron a golpes de puño, lo cual divirtió mucho al rey»<sup>2</sup>

El hombre de hoy cree que las disputas sobre la verdad son semejante a la de estos ciegos del cuento. Nadie tiene toda la verdad y, en cambio, considera que la parte que tiene es la totalidad.

1. GOTTHOLD EPHEN . LESSING, *Sobre la prueba del espíritu y de la fuerza*. Cf. Escritos filosóficos y teológicos, Madrid, Editora Nacional, 1982,

2. J. RATZINGER, "Cristianismo. La victoria de la inteligencia sobre el mundo de la religión", La Sorbona, París, 27 de noviembre de 1999. Véase: JOSÉ ANDRÉS-GALLEGO, *Relativismo y convivencia*. Paradigma cultural de nuestro tiempo, Murcia, Fundación Universidad de San Antonio, AEDOS, 2005.

La historia reflejaría la actitud del hombre de hoy frente al misterio. Según ella, la posición correcta sería la del relativismo, el admitir que sólo se posee una parte de verdad, como los ciegos, obtenida por un medio muy pobre, como el tacto en la narración que tendría que complementarse con la de todos los demás si fuera posible.

También en último termino lleva al escepticismo, que comporta el fin del conocimiento que no sea el basado directamente en los sentidos y expresado matemáticamente, tal como es el de las ciencias experimentales. Conduce a creer que el hombre es completamente ciego frente a lo que le trasciende, como los valores, las humanidades, la religión.

De la parábola también se deduce el relativismo actual, que, a diferencia del de otros, autores y momentos históricos es radical. En los relativismos, que podrían denominarse académicos, se desconfiaba de las facultades cognoscibles humanas pero se reconocía la existencia de la verdad. Hoy, en cambio, no se admite la posibilidad de su conocimiento de una manera absoluta, porque la conexión del hombre con la verdad siempre es relativa. La verdad conocida nunca es definitiva, porque es vista desde una situación relativa del sujeto o de las condiciones históricas cambiantes.

El relativismo actual niega la existencia de la misma verdad, de lo absoluto. Es un relativismo fundado en el nihilismo. No hay verdad, porque el fundamento de la realidad no es el ser sino la nada. Desde el relativismo nihilista, como se ha escrito recientemente

«Hoy parece mucho más evidente la nada que el ser. Vivimos una época nihilista. Y parece como si se hubieran invertido los papeles, como si la nada hubiese tomado por asalto el lugar que un día correspondió al ser. Ya no es el ser lo más cercano, lo más evidente, sino lo más lejano, lo más extraño. Aquel profeta del nihilismo, que fue Nietzsche acertó a expresarlo con claridad, cuando puso en boca del insensato, que buscaba a Dios y que sólo pudo certificar su pérdida y su muerte, las siguientes palabras: “¿No erramos como a través de una nada infinita? El vacío ¿no nos persigue con su hálito?”. Ésta es hoy nuestra situación, el lugar en el que nos encontramos; lo que asombra no es ya el ser, sino la nada, hasta el punto de que quizás ahora la metafísica debería hacerse cargo de aquella pregunta, pero tomando conciencia de un cambio radical en su formulación: “¿por qué la nada y no más bien el ser?”»<sup>3</sup>

No se busca ya la solución al problema del sentido de la realidad, que equivaldría a afirmar su realidad y bondad, y, por tanto, la verdad. Tampoco parece interesar el problema del mal, que supondría afirmar la existencia del bien. Lo único que se admite son los conceptos de *tolerancia* y *diálogo*, que se fundamentan a su vez en el de la *libertad*.

La triada de valores actuales, –tolerancia, diálogo, libertad– que muchas veces son los únicos que se admiten, es considerada como incompatible con la existencia de la verdad necesaria o absoluta y universal o válida para todos, en todo lugar y en todo tiempo.

Este relativismo total del siglo XXI tiene una vertiente política, porque sobre él se fundamenta el sistema político de la *democracia*.

El marxismo se había presentado como la verdad única y definitiva. Como ideología, el marxismo querían dar razón de toda la realidad, que quedaba expresaba completamente en un lenguaje o doctrina; consideraban que ya estaba toda dicha y para

3. REMEDIOS ÁVILA, *El desafío del nihilismo. La reflexión metafísica como piedad del pensar*, Colec.: "Estructuras y Procesos", Serie Filosofía. Editorial Trotta, Madrid, 2005, p. 27.

siempre, porque no reconocían los cambios de la realidad; y, por ello, querían imponerla por la fuerza.

Ahora, por el contrario, la política buscará edificarse en el relativismo. Su base estará en esta tesis filosófica: nadie puede afirmar que posee la verdad. Todas las afirmaciones son opiniones, que además se reconocen mutuamente como tales. Se toleran mutuamente y, por ello, es posible el diálogo. Son, por tanto, relativas entre sí. Y son así expresión de la libertad del hombre

### 3. *El paradigma pluralista de la verdad*

Sobre esta concepción relativista se apoya la filosofía pluralista de la verdad, que se ha extendido por todos los ámbitos, convirtiéndose en una concepción común. Su formulación más explícita estaría en las corrientes hermenéuticas, que, en estos momentos, en la filosofía actual, parecen ocupar el lugar del marxismo.

Podría decirse que el punto de partida de esta filosofía, cuya finalidad es posibilitar el diálogo entre todas las doctrinas, es el fenomenismo kantiano. Al hombre, para Kant (1774-1804), no le es posible conocer la realidad última y profunda, lo absoluto, la cosa en sí, que le es siempre desconocida, –el noúmeno–, sino únicamente los fenómenos, las apariencias según nuestro modo de captar la realidad, desde formas y reglas subjetivas. No se conoce, por tanto, la realidad en sí misma, sino una representación a medida de las leyes humanas de conocer.

Desde esta posición kantiana, puede admitirse, como hace la hermenéutica, la existencia de una verdad última infinita, que trasciende el conocimiento humano y que sólo es experimentada de manera diferente según las distintas culturas humanas. Todas ellas buscan servir al hombre por ello, los distintos modos que proponen, tienen importancia.

Es preciso notar que también en Lessing se encuentra una afirmación parecida. En su obra de teatro *Nathan el sabio*, considerada como su mejor obra y de la que se ha dicho que es el gran poema dramático sobre la tolerancia, reproduce un cuento de Boccaccio, el de las tres sortijas de las cuales no se sabe cual es la de oro puro. Dios da a una sortija a cada uno de sus tres hijos suyos, el, que representa su unión o amor. Cada uno de ellos cree que el suyo es único de oro, cuando en realidad los tres lo son, los tres son verdaderos, aunque diferente aspecto. Son verdaderos, pero de distinta manera.

Negar la verdad a las otras posiciones, sería mantener una postura exclusivista, propia hasta el momento del dogmatismo, por presentarse como único verdadero y así superior a las otras doctrinas.

Debe realizarse, por consiguiente, una especie de revolución copérmica en la confrontación de las doctrinas, igual que la que hizo Kant en metafísica. De modo parecido al cambio que supuso la sustitución por Copérnico de la visión astronómica geocentrista por la heliocentrista deben cambiarse los paradigmas exclusivista –las otras doctrinas no son verdaderas ni humanistas– e inclusivista– la verdad de las otras doctrinas y sus elementos humanistas están incluidos ya en una–, por el paradigma pluralista.

En este giro ideológico no se admite que la verdad se manifieste en sí misma. Lo hace pero por medio de fenómenos de modos humanos por experiencias históricas individuales o colectivas, que expresan distintas doctrinas. Por tanto, ya no se deberá buscar como antes la verdad por encima del hombre y considerar a éste como su mero

receptor que se limita a escucharla y a seguirla. Ahora, la iniciativa es de la misma verdad, que se aparece y se revela en la vida múltiple de los hombres. Necesariamente todas las filosofías, todas las posiciones intelectuales de todo tipo, tienen que ser diferentes y coexistir sin problema, porque la verdad se revela de diversos modos.

Queda así afirmado el pluralismo doctrinal, porque se conoce la verdad a través de la mediación de todas las doctrinas. Cada una representa un camino diverso, condicionado y limitado por circunstancias históricas y culturales, pero de igual dignidad que las demás. En este sentido todas las doctrinas son iguales. Cada una de ellas es una forma de ver la verdad y no pueden por ello existir por sí mismas y separadas de las demás.

El pluralismo, a diferencia de la concepción de la verdad antes de la revolución copernicana, funda y permite la tolerancia y el diálogo, porque es preciso escuchar a las otras experiencias de la verdad y aprender de ellas. Lo que une y permite el diálogo es la de ser representante de la verdad. Sin embargo, sus explicaciones conceptuales diferentes no tienen valor alguno y, por tanto, se relativizan en el diálogo.

Con esta revolución se superaría el fundamentalismo, la afirmación de una verdad universal y obligatoria, que implicaría rechazar los grandes valores del mundo contemporáneo la tolerancia y el diálogo, y, por tanto, a la libertad. El único imperativo que debe aceptarse es el del diálogo.

Pero debe advertirse también que parece concebirse el diálogo de una manera relativista. Dialogar significaría colocar la propia verdad, al igual que cualquier otra actitud u opinión al mismo nivel que todas las demás. Si alguien pretendiera que el otro tenga menos razón que la propia no se estaría en un auténtico diálogo. Debe tratarse, por tanto, de un mero intercambio, en el que no hay una instancia superior a la que acudir. El único principio válido es que todos pueden atribuirse el mismo grado y valor de verdad. El no aceptarlo implica caer en un particularismo, en el fanatismo y a una falta de respeto a los demás, que todo hombre debe evitar.

El diálogo no puede hacerse presentándose como poseedor de la verdad última y definitiva y, por tanto, como normativa para todos. El diálogo exige estar abiertos a las enseñanzas de todas las otras doctrinas.

Este imperativo de apertura permite una síntesis del pluralismo europeo con la filosofía y teología negativa de Asia, que siempre coloca lo nouménico en una trascendencia absoluta, que no se desvela nunca en nuestra realidad, que es la de las apariencias. Sólo queda manifiesta en reflejos relativos, que están más allá de la razón y del lenguaje.

Las religiones de Asia pueden, por tanto, conferir lo que parece una dimensión misteriosa y sagrada al relativismo de Europa, afín al relativismo filosófico posmoderno, postmetafísico e indiferente a la religión. Podría decirse que el relativismo, que fundamenta a la democracia, queda sacralizado con las teologías asiáticas.

#### *4. El pensamiento global*

La mejor respuesta a esta nueva ideología la ha dado el teólogo y filósofo Joseph Ratzinger (1927), el actual papa Benedicto XVI. El hilo conductor de todo el pensamiento de Ratzinger es la afirmación de racionalidad la religión cristiana. El carácter razonable de la fe es esencial a la misma. De ahí que la fe incluye necesariamente a la razón y la razón a su vez necesita de la fe para ser auténtica y plenamente razón. Ni la fe ni la razón se afirman con la negación de la otra ni existe una a pesar de la otra.

Ratzinger ha reivindicado el papel de la razón en el cristianismo, lo que llama «la victoria de la inteligencia» en el mundo de las religiones. En la fe cristiana la razón no sólo es asumida sino que ya se encuentra en su misma esencia<sup>4</sup>.

Esta tesis vuelve a posibilitar la conexión de la teología católica con la filosofía y la ciencia en general, cuyo lugar propio es el de la razón. Se explica así el gran interés que siempre ha demostrado Ratzinger por la filosofía. La ha considerado inseparable de la teología. Muchos de sus escritos pueden considerarse filosóficos. En ellos se encuentra una defensa de la razón, pero una razón sin limitaciones, como ocurre en sistemas racionalistas o positivistas, que la reducen a lo calculable o a lo aparente y funcional. La razón no debe ser únicamente técnica-científica.-natural, sino comprensiva de la totalidad, es decir metafísica y teológica.

La razón debe ser una razón global. La razón debe ser abierta y universal, sin las limitaciones y particularizaciones del racionalismo y la ilustración. Gracias a la razón, el hombre puede alcanzar la verdad, aunque sin conseguirla totalmente ni agotarla nunca completamente. Afirma Ratzinger que Dios no sólo ha dado la fe sino también la razón. La religión cristiana no sólo hizo que la razón entrará más plenamente en la vida humana cotidiana, sino también en las culturas<sup>5</sup>.

Desde esta perspectiva, Ratzinger ha afirmado que la actitud relativista actual conduce paradójicamente a una actitud *imperativa* de no admitir ninguna oposición ni concesión. Considera que el relativismo es el problema más grande del momento actual. En realidad es «el problema» de nuestra época, porque afecta al auténtico problema del hombre que es el de la verdad. Confesaba:

«¡Cuántos vientos de doctrina hemos conocido durante estos últimos decenios!, ¡cuántas corrientes ideológicas!, ¡cuántas modas de pensamiento!... La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos ha sido zarandeada a menudo por estas olas, llevad de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinaje; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso, del agnosticismo al sincretismo, etc. [...] A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir "llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina", parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales. Se va constituyendo una *dictadura del relativismo* que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos»<sup>6</sup>.

El relativismo, que parece así imponerse dogmáticamente, no es natural. La fábula de los ciegos citada no expresaría adecuadamente la posición del hombre actual, porque:

«Un ciego de nacimiento sabe que no ha nacido para ser ciego, en consecuencia no dejará de interrogarse sobre el por qué de su ceguera y sobre cómo salir de ella. Solamente en apariencia el hombre se ha resignado a la condena de ser ciego de nacimiento frente a aquello que le pertenece, a la única realidad que en última instancia es la que cuenta en nuestra vida».

Añade Ratzinger que lo prueba el hecho de que:

«El intento titánico de tomar posesión del mundo entero, de extraer de nuestra vida y para nuestra vida todo lo posible –como explosión de un culto de éxtasis, de trasgresión y de destrucción de sí– muestra que el hombre no se conforma con un juicio así. Porque

4. Cf. PABLO BLANCO, *Joseph Ratzinger: razón y cristianismo*, Prólogo de José Morales, Madrid, Ediciones Rialp, Madrid, 2005, p. 220.

5. Cf. *Ibid.*, pp. 220-221.

6. J. RATZINGER, «Homilia del cardenal J.oseph Ratzinger, decano del Collegio Cardinalizio», 18 de abril de 2005.

si no sabe de dónde viene y por qué existe, ¿entonces no es todo su ser una criatura malograda? Constituyen un engaño tanto el adiós aparentemente indiferente que se dispensa a la verdad sobre Dios y sobre la esencia de nuestro yo, como la aparente satisfacción que produce el no tener que ocuparse más de todo esto».

Concluye, por ello, nuestro autor que:

«El hombre no puede resignarse a ser y permanecer ciego de nacimiento en cuanto a lo que es esencial: el adiós a la verdad jamás puede ser definitivo»<sup>7</sup>.

Podría también decirse que en la fábula los ciegos lo son porque sólo quieren ver con los ojos y no con el entendimiento.

«Si el ser humano sólo confía en lo que ven sus ojos, en realidad esta ciego [...] porque limita su horizonte de manera que se le escapa precisamente lo esencial. Porque tampoco tienen en cuenta su inteligencia. Las cosas realmente importantes no las ve con los ojos de los sentidos, y en esa medida aún no se percibe bien de que es capaz de ver más allá de lo directamente perceptible»<sup>8</sup>

Todavía reconociendo esta incoherencia del relativismo, todavía podría pensarse:

«Viendo todas nuestras limitaciones, ¿no será una arrogancia por nuestra parte decir que conocemos la verdad?». Incluso: «no sería conveniente suprimir esa categoría».

Estas preguntas, enseña Ratzinger, tienen una repuesta muy clara:

«Renunciar a la verdad no sólo no soluciona nada, sino que además se corre el peligro de acabar en una *dictadura de la voluntad*. Porque lo que queda después de suprimir la verdad sólo es simple decisión nuestra y, por tanto, arbitrario. Si el hombre no reconoce la verdad, se degrada; si las cosas sólo son resultado de una decisión, particular o colectiva, el hombre se envilece»<sup>9</sup>.

### 5. La tolerancia, el diálogo y la libertad

El relativismo se acredita por la triada de tolerancia, diálogo y libertad, admitidos como valores absolutos indiscutibles. Desde ellos, se juzga la afirmación de cualquier verdad y el intento de comunicarla como fruto de una actitud de «prepotencia». La afirmación de la existencia de una verdad universal, como siempre ha hecho el hombre, es considerada en la actualidad como una especie de fundamentalismo, que amenaza la tolerancia y la libertad.

Ratzinger ha destacado que el que cree en la verdad y la ha encontrado, aunque sea en parte, e incluso mínima, por el contrario, no es dictatorial ni déspota, sino esencialmente tolerante. Sigue el principio de la tolerancia, expresado en el respeto a la libertad de conciencia, de pensamiento y de religión de todos los hombres, expresada en artículo 18 de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre:

«Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia».

Esta posición ética fundamental está basada, en último término, en el reconocimiento de los actos libres de los hombres, que exige la estima y la consideración de la libertad personal.

7. IDEM, "Cristianismo. La victoria de la inteligencia sobre el mundo de las religiones", op. cit.

8. IDEM, *Dios y el mundo. Creer y vivir en nuestra época* (entrevista con Peter Seewald, 2000), Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2002, p. 16

9. Ibid., p. 73.

El concepto de tolerancia, en el sentido de respeto a la libertad, en la actualidad, se amplía abusivamente: del poder de elección del sujeto se extiende a los mismos objetos sobre los que versa. Esta idea de tolerancia supone la renuncia a la cuestión de la verdad. Como consecuencia, por una parte, sin verdad desaparece todo saber, desde la religión hasta la misma ciencia.

Por otra, sin verdad propia no es posible descubrir la verdad de las otras posiciones. Ya no se posee el criterio para constatar aquello que es positivo en una doctrina, de aquello que es negativo, de aquello que es resultado del engaño. Sin el reconocimiento de la verdad no es posible un diálogo auténtico con los demás

En una persona que haya alcanzado alguna verdad, el diálogo con los que no tienen su certeza hay igualdad, pero, en cierto sentido, no hay igualdad. En el verdadero diálogo se descubre al otro la profundidad de lo experimentado en la indagación personal y la correspondiente certeza. La igualdad, que es presupuesto del diálogo, en este caso se refiere a la igualdad de la dignidad personal de los dialogantes, a los que considera con sincero respeto pero no a los contenidos doctrinales. Por amor a la verdad y con respeto la libertad, por ello, anuncia y propone lo que es verdad

En un mundo relativista, Ratzinger ha recordado que la misión del que conoce la verdad es hablar. En medio de la locuacidad de nuestro tiempo y en medio de la inflación de palabras, hay que hablar con palabras esenciales, con palabras que hacen presente a la verdad, que, el creyente, sabe que viene del Logos, que es Dios.

De este modo se obedece a la verdad. Para justificarlo plenamente recuerda el pensador bávaro:

«Unas hermosas palabras de la primera carta de san Pedro, en el primer capítulo, versículo 22. En latín dice así: “Castificantes animas nostras in obedientia veritatis”. La obediencia a la verdad debería hacer casta (“castificare”) nuestra alma, guiándonos así a la palabra correcta, a la acción correcta. Dicho de otra manera, hablar para lograr aplausos; hablar para decir lo que los hombres quieren escuchar; hablar para obedecer a la dictadura de las opiniones comunes, se considera como una especie de prostitución de las palabras y del alma. Las “castidad” a la que alude el apóstol san Pedro significa no someterse a esas condiciones, no buscar los aplausos, sino la obediencia a la verdad».

Todo universitario del siglo XXI, según este «pensamiento global», deberá tener presente que su virtud fundamental es

«Esta disciplina, incluso dura, de la obediencia a la verdad, que nos hace colaboradores de la verdad, boca de la verdad, para que en medio de este río de palabras de hoy no hablemos nosotros, sino que en realidad, purificados y hechos castos por la obediencia a la verdad, la verdad hable en nosotros. Y así podemos ser verdaderamente portadores de la verdad»<sup>10</sup>.

DR. EUDALDO FORMENT\*  
*Universidad de Barcelona*

10. IDEM, *En la concelebración con los miembros de la comisión Teológica Internacional*, 6 de octubre de 2006. Véase: E. FORMENT, *Santo Tomás de Aquino. El oficio de sabio*, Barcelona, Ariel, 2007.

\*. Conferencia pronunciada por el autor, el 11 de octubre de 2008 en el 5º Encuentro de Universitarios Católicos, en la Universidad Católica de Ávila.